



José Manuel Suárez

EL GRABADOR DE SÍLABAS

Muerte y reparación
de Paul Celan

ARS  POETICA

EL GRABADOR DE SÍLABAS

José Manuel Suárez

EL GRABADOR DE SÍLABAS



ARS  POETICA

José Manuel Suárez

EL GRABADOR DE SÍLABAS

Muerte y reparación de Paul Celan

ORATORIO

colección
| BEATUS ILLE |



El grabador de sílabas
José Manuel Suárez

Colección: BEATUS ILLE
Dirección editorial: ILIA GALÁN

© 2018 José Manuel Suárez
© 2018 ARS POETICA

EntreAcacias, S. L.
[Sociedad editorial]
c/Palacio Valdés, 3-5, 1º C
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. administración: (+34) 985 792 892
Tel. pedidos: (+34) 984 701 911
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: junio, 2018

ISBN (edición impresa): 978-84-948593-7-3
ISBN (edición digital): 978-84-948593-8-0
Depósito Legal: AS 00174-2018

Impreso en España
Impreso por Masquelibros

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EN UN OSCURO TIEMPO DE ESTRELLAS

I

En sus últimas días de vida el gran poeta Paul Celan (Chernovitz, 1920 – París, 1970), alejado de los suyos, enfermo y solo en su apartamento, oye muchas voces que le hablan, las tiene junto a sí, habla con ellas. Son para él presencias vivas que asaltan su mente con obsesiva tenacidad: la madre, el padre, la esposa, el hijo, los amigos más cercanos, el coro de los muchos que sufrieron. La voz, por ejemplo, de Ingeborg Bachmann, escritora alemana, que tanto le amó y a quien él finalmente no pudo amar, quizá porque escuchando sus palabras oía el idioma de los verdugos.

Y muy especialmente la voz de Nelly Sachs, poeta alemana de origen judío, con quien Celan tanto sentía y... disentía. La poesía de ambos fue creciendo desde una mutua y gozosa presencia pero también desde una radical y dolorosa lejanía espiritual. Exiliada en Suecia desde 1940, fue premio Nobel en 1966. Nelly Sachs murió en Estocolmo el 12 de mayo de 1970, el mismo día en que Celan fue enterrado en el cementerio de Thiais (París). La voz de Nelly Sachs es una presencia principal en estas páginas. Pero Celan, en su delirio, ape-

nas distinguirá ya las distintas voces pues todas le hablan con una sola voz, y en cada una resuenan las demás, que solo en su interior escucha.

El poeta oirá también las palabras tan llenas de silencio del filósofo Martin Heidegger, a quien había leído mucho, a quien conoció en 1967 y de quien más había esperado una palabra pensante sobre lo más necesario y grave, sobre lo más terrible.

II

Los hechos son muy conocidos. El 24 de julio de 1967 Paul Celan dio una lectura de poemas en el gran auditorio de la universidad de Friburgo. Asistieron más de mil personas. Entre ellas y en primera fila, Martin Heidegger.

Cuenta R. Safranski en su biografía de Heidegger que el filósofo, con 77 años y un prestigio mundial, visitó las librerías de la ciudad rogando que se expusieran en un lugar preferente de los escaparates los libros de Celan. Heidegger admiraba su poesía. En una carta a G. Baumann, organizador del acto, le había escrito poco antes: «Hace tiempo que deseo conocer personalmente a Paul Celan. Es el que está más adelantado y el que más retirado se mantiene. Estoy al corriente de todo cuanto se refiere a él, conozco también la grave crisis de la que él se ha sacado a sí mismo, en la medida en que un hombre es capaz de esto... Sería saludable poder enseñar a Paul Celan la Selva Negra».

También Celan admiraba la obra de Heidegger, cuyos libros, especialmente *Ser y tiempo*, había estudiado y anotado minuciosamente. Con motivo de su estancia en la ciudad, había expresado su interés en conocer y saludar a Heidegger, pese a ser muy consciente de su pasado político. Celan

vivió aquel momento con una íntima y profunda contradicción. Sentía admiración y rechazo al mismo tiempo. Como ejemplo, se negó a ser fotografiado con él. Heidegger, sin embargo, le propuso, al poco de ser presentados, viajar a la cercana Selva Negra para visitar algunos parajes y especialmente su cabaña en la pequeña localidad de Todtnauberg. Celan aceptó la invitación.

Al día siguiente temprano emprendieron la excursión. El poeta y el filósofo pasaron la mañana juntos en la casita de campo en la que Heidegger había pensado y escrito gran parte de su obra. Se sabe también que dieron un largo paseo por los prados y bosques próximos a la casa. El poeta se dejó poseer por la luz, por los Alpes lejanos, por las plantas y flores del lugar, por la fuente junto a la casa y su rústico pilón decorado con un dado de madera en forma de estrella. Pero en su corazón estaba poseído por un dolor que nunca le abandonó: el del exterminio de los judíos en que perdió a sus padres, otros familiares y muchos seres queridos. Algo que no consentía olvidos ni silencios. Ni perdón.

III

Había deseado tener un encuentro redentor con Heidegger, una conversación de corazones entregados. La cabaña de Todtnauberg, aquel lugar del pensar, habría sido el mejor lugar. No fue posible. Subieron, sí, a Todtnauberg aquel 25 de julio, pero hubo un gran silencio del hombre de pensamiento sobre lo que Celan más necesitaba oír. Dejó constancia de ello en una frase escrita en el libro de visitas que Heidegger ofrecía a sus invitados («En el libro de la cabaña, con la mirada en la estrella del pozo, con esperanza en una próxima palabra que advenga en el corazón»). También, casi

con idénticas palabras, en su famoso poema «*Todtnauberg*», que escribió pocos días después. En él se refiere a la naturaleza en su esplendor, a su dolor por dentro, a una palabra pensante por venir: «Árnica, eufrasia (alegría de los ojos)... / en la / cabaña // escrita / en el libro... / en este libro / la línea de / una esperanza, hoy, / en una palabra que adviene / de alguien que piensa, / en el corazón, // brañas del bosque... / orquídeas y más orquídeas... / quien nos conduce, / este hombre / que nos escucha...».

«En el contexto del siglo XX —escribió George Steiner en 2004—, el encuentro más fascinante y productivo entre la filosofía y la poesía es el que se dio entre Paul Celan y Martin Heidegger». Y también: «En los subrayados y las anotaciones que Celan hizo en los márgenes de los textos de Heidegger, somos testigos de una de las colisiones o conjunciones supremas entre la poesía y la filosofía en el pensamiento occidental».

En el verano de 2017 recorrió los caminos y laderas de Todtnauberg. Vi por delante de mí a aquellos dos hombres, envueltos cada uno en su propio silencio, tan incomunicables entre sí.

IV

Poesía, pensamiento. Dolor y luz. Pétalos que supuran. Fue el 25 de julio de 1967. Celan nunca superó aquella «grave crisis» que Heidegger intuyó certeramente.

Volvió a París y a sus tareas habituales de clases y traducciones. Internamiento en un hospital psiquiátrico. Viajó a Israel; leyó su poesía en varios lugares y ante públicos numerosos. En marzo de 1970 fue por última vez a Alemania. Lecturas en Stuttgart y Friburgo. Una de ellas en casa de Bau-

mann, a la que de nuevo asiste Heidegger, quien confiesa: «Celan está enfermo — incurablemente».

Murió poco después, en torno al 20 de abril de 1970, arrojándose al Sena, probablemente desde el puente Mirabeau, cercano a su domicilio. Cuatro meses antes había escrito a Ilana Shmueli, amiga de la juventud: «Había muchas fuerzas reunidas en mí — no solo las de la poesía —, que eran una sola fuerza, una sola. Han querido quitármelas — tal vez porque eran demasiado grandes. Mi fuerza era tan grande que no han podido dejármela. Me defendí durante mucho tiempo, pero cuanto más decidido y concentrado llevaba ese combate, más dura se hacía la caída».

Un día sucedió, un día «en un oscuro tiempo de estrellas», como le decía Nelly Sachs a Celan en una carta de 1960. Su vida, su combate y caída, su dedicación a la poesía, su realismo trágico, sus sílabas grabadas, me acompañan desde hace muchos años. Mi poema oratorio quisiera acompañarlo a él en su final.

V

El oratorio aspira a entrar imaginalmente en algunos momentos del último Celan, dominado en aquellas horas por una gran angustia. La disposición formal de los textos y su carácter de poema escénico inducen a pensar en un diálogo. Pero en aquel final ningún diálogo era ya posible, solo voces simultáneas que, junto a la suya, se dicen y solapan, afirmándose, negándose, muriéndose al modo musical en que los temas varían a la vez que se reiteran.

Por eso los cinco actos del oratorio no se atienen a un desarrollo argumental, ni los distintos cuadros a una unidad geográfica o cronológica. Son escenas extraídas (y abstraí-

das) de una realidad psíquica y espiritual. Voces que, viendo de distintos lugares, tiempos y personas, resuenan en el alma del protagonista, y con las que él («yo», «hijo») intenta comunicarse desde su delirio y trastorno. Personas, lugares y fechas reales en la vida de Celan.

En el subtítulo del libro figura la expresión «muerte y reparación». Este es su sentido: sabiendo Celan que su muerte estaba cerca, habla desde su angustia con las voces que le visitan; veladamente les dice que dará su vida en reparación de una culpa. La culpa que tan íntimamente sentía de haber sobrevivido a las víctimas. Por tanto, morirá por ellas. Es decir, con ellas y como ellas. Fue la íntima tragedia de tantos supervivientes del holocausto.

El oratorio da presencia a varias voces, pero es una única voz la que se oye, como la unidad de un retablo mirándolo de lejos, en el que solo de cerca destacan las secuencias, los detalles, las repeticiones.

Las citas en los títulos de las partes y cuadros – pasos, estaciones – compendian o expanden los motivos en los que se insiste. En una nota final se detalla la procedencia de las citas. Otras citas internas en el texto van entre comillas o precedidas de un guion. En el primer caso pertenecen a los actores del poema, en el segundo a su primer protagonista, Paul Celan.

El libro tuvo una primera salida en la editorial Arena Libros, con el título *Transoscurecer*. Agradezco a su editor, Isidro Herrera, la valentía de publicarlo. Esta nueva edición incorpora numerosos cambios.

J. M. S.

*Pesadamente dejaba caer su cabeza de nuevo; caer,
caer como una piedra
profundamente inclinada hacia el suelo y muda.*

I. KATZENELSON

*Oh muerte, qué dulce es tu sentencia para el hombre
derrotado y sin fuerzas, que tropieza
y fracasa, que se queja y ha perdido la esperanza.*

J. BEN SIRÁ

COROS Y VOCES
por orden de aparición

Coros de
SUPЛИCANTES, PERSEGUIDOS, DEPORTADOS,
DESVALIDOS, ENCADENADOS, COMPASIVOS,
AMORDAZADOS, SEPARADOS, CONDENADOS

HOMBRE SOLO, Celan
UNA MADRE, UN JOVEN, UN PADRE,
UNA MUJER, UN ABUELO, UN MÉDICO,
UN CANTOR, UN RABINO, UN POETA
Hijo, Celan
EL PADRE y LA MADRE de Celan
ERIC, Hijo de Celan
Yo, Celan
ÉL, Heidegger
COROS
GISÈLE LESTRANGE, esposa de Celan
INGEBORG BACHMANN, amante
NELLY SACHS, amiga
HOMBRE SENTADO Y SOLO, Celan

VOCES, sin nombre

PRELUDIO

CULPA, REPARACIÓN

P. C.

*Desde dónde me acosan las preguntas. También desde ti,
que me hablabas del Dios con quien estar al borde del abismo
que sabe y consuela, me decías.*

Me traspasa la culpa. Quién, reparación.

N. S.

*De qué nos servirán las palabras, amigo, si no pueden
dar con el lugar de Dios. La condena con que te vas matando
no te cura, la llevas contigo.*

Voz te da. Y vuelves a Alemania, donde escuchas.

P. C.

*Tuve tu ofrecimiento, dejado dulcemente
a mi puerta. Versos tuyos ya míos, clamantes de tan nuestros.
Me hablabas del Dios con quien estar,
de alguna redención para empezar de nuevo.*

N. S.

*Contra mi Dios me hablaste, no contra mí.
Había llegado a ti desde un final de otoño: «Su carta ha sido
una de las grandes alegrías de mi vida», te decía.
Por fin me respondiste, y fuego fue.*

P. C.

*En otra carta lo nunca olvidado: «Cuando sufrimos
pertenecemos ya solo a Dios, por eso nos abandonan los amigos».
Ay, si me consolaran
estas palabras tuyas que me queman por dentro.*

Paul Celan y Nelly Sachs en Zúrich, 26 de mayo de 1960

Cuadro IX, escena 1

ACTO I

CUADRO I

MARTIRIOS DE LAS VÍCTIMAS DESTROZADAS HASTA EL FONDO DE DIOS

(París, 17 de octubre de 1968.
Clínica psiquiátrica. Galería acristalada.
Celan, postrado, «escucha»)

Escena única

Coros

CORO DE SUPЛИICANTES

Aquí escribiste con silenciosa herrumbre, con marcas en las manos
por el vallado separador de orquídeas y garrotes.
Distintos son nuestro silencio y el tuyo, pero se igualarán
con funeraria metralla de intereses: paletadas de paz y pan enmohecido.
Vuelves a tu rumbo irremediable, a tu navegación desde casa
hasta la clínica, pues ya nunca descansas
de estar viendo todo con fulgores de relámpago y disparo.
Ves que los sacos mortuorios, a la tormenta forzados, se ponen en fila.
Sentado a la mesa, con el libro creciéndote
en tus ojos, la aurora habrá venido y tú no estás, que solo en noche anidan
tus inviernos fríos. Con fuego entre cenizas leías para ti.
Para tu libro lleno y grande fuimos a tu encuentro, suplicantes.

CORO DE PERSEGUIDOS

Ya de ti muy herido, tus labios y sus labios aquel día
se fueron alejando fatigados, en la final fatiga de alambradas y cuerpos.
Paz no fue. Pues no te ven ni están contigo, estás llorando:
tus lágrimas verían cayendo en el cuaderno, sobre tus papeles.
Te callas con parloteo sobre el paisaje, los caminos del bosque,

las orquídeas. A quien está contigo no dices lo más negro;
va saliendo en los ojos, que miran poco arriba;
o en tus manos señalando los venerados Alpes vencedores,
o los helechos del verano, acariciadores como una madre joven.
Certeramente hiere con su peso esta noche.
Siempre la misma noche reiterada, en la que tanto insistes.
Se renuevan en ti sombras de nuestros pasos lejanos, perseguidos.

CORO DE DEPORTADOS

Cargan las manos con impuras palabras que se precipitan
hacia el libro llevando sal sobre la herida. No te curan.
Por los altos senderos de aquel sueño la voz que calculaste
ya no te sabe hablar sino en silencio. En la pequeña estancia ruedan
sobre los libros los deseos. Se desatan de ti. Tú ya cumplido estás
si así te anulan. Fuera los que vivieron, hirviendo de su anhelo,
madurando en su impaciente aliento; veloces, confundidos, buscándose
sin tiempo, mas naciéndose a la congoja desatada de estar
donde es morir. La fidelidad de lo oscuro da más alma; arroja los sueños
al torbellino de lo informe, como un desecho inmenso.
Fuimos hacia un final para que una puerta nunca se cerrara.
Ay, puerta del deportado.

CORO DE DESVALIDOS

No hay ser sino dolor —nosotros, ‘sobreexcavados’, ‘consoledados’
en la congelación. Decimos tiempo para escuchar dolor.
La claridad no es ver sino temor de luz: un tratado infinito
para abarcarlo todo. Afán de una palabra,
perenne sujeción al ritmo de las horas que unos labios deciden.
El cuerpo se refugia en súbitos recuerdos, destellos de aquella
que venía de Suecia para verte. En puro azar sabido os buscabais:
no pudisteis gozar de entendimiento. Te parecían sus palabras

impúdico perdón. Ella, que te quería como madre, cómo podría curarte.
Perfecto advenimiento sus palabras contigo. No las tuyas.
A quien está contigo vomitas lo más negro.
En tus ojos, que no miran arriba, el miedo del desvalido.

CORO DE COMPASIVOS

Mejor pensaba tu corazón que la razón subiéndose a sus Alpes
altísimos, lejanos. La voz que deseabas apenas vino a ti por tortuosos
senderos, en silencio. De pronto la claridad se anuncia.
Reparación y culpa, ceniza, redención. ¿El sol volvía?
Mucho hablaste con ella en su hotel aquel día.
Nosotros no sabemos, te insistía. Te negaste a escuchar porque
sabemos mucho, le dijiste. Te negaste a su dios.
El día en plenitud de ser; la tarde perdiéndose en sus oros; la noche,
cayendo en espiral – la eternidad se mantiene en sus límites.
Probaste el fruto; tomaste sus espigas; se te ocultaba el sol.
La cabaña, la fuente, los caminos. Te vio; no te vio bien. Ni habló.
Su palabra pensante no vio la fe del compasivo.

CORO DE ENCADENADOS

Qué necias ilusiones de un corazón cansado, enfermo de saber
y sabedor de culpas. Desde tu ciudad y tu casa hasta este día
y tarde y noche en que te vences, todo te vive incorporado al alma.
Y a la mano que escribe vuelve todo.
El tiempo que estaba en construcción se desmorona en ti
sin haberse cumplido, pues el hombre que se ofrece
y da sus pasos con fe, fiado del que viene hacia él, se verá devorado,
comido a dentelladas. Creyó que su palabra podría ser paloma:
'Para gustar tu nombre en mi memoria, de mí debo salvarme,
de mí que me he perdido entre cadenas. El mismo ya no soy

que con tiento y prudencia se callaba. Yo sé lo que sabía:
que los que mueven a fuego y duelo el mundo nos han encadenado'.

CORO DE AMORDAZADOS

Con su sabor amargo has llegado a saberlo: un número te acusa,
no pensado por ti, que tan hondo estás viendo y reconociendo
identidades, apariencias. ¿Inútil fue la espera?
No. Crecieron las penumbbras, los ámbitos oscuros. De tu lejana noche
fueron viniendo los círculos del miedo que atenazan tus sienes.
Incluso con medicación se acrecientan las ansias del cuerpo.
No lo libran; lo tienen en su vacío de ser, y en la abundante nada.
Cavan en el fervor, tabican toda fe. Ser, no ser.
Ciega la claridad y obtura el infinito que infunde a quien la espera.
La eternidad se mantiene en sus límites.
Ya tu cuerpo está abajo, sobre tierra invocada.
No: más adentro, en el camino de los amordazados.

CORO DE SEPARADOS

También al corazón empujan hacia abajo, hacia donde no ve
ni sabrá nunca. Desde largos silencios persiste en ocultarse por detrás
de toda transparencia, fraude de los sentidos en cómodas palabras
atenidas al vuelo de los ojos, sin fe con que afirmarse.
Te abandonas a tu estigma sabiéndote muy cerca del final.
Tus palabras abriendo están las puertas de un techo acogedor,
mas hoy en la casa los viejos nombres crecen como mar de tormenta
contra tu frente que en gran dolor aguarda su regreso al abrazo.
Desde esta luz insegura, tus ojos y tu voz fundían los modos de la noche:
coincidisteis por un azar de espera deseada en la sorpresa
del instante de encuentro. Días son éstos de tu vacío; cienos,
persecuciones. Y siempre, siempre separados.

CORO DE CONDENADOS

Volver allá sería una cita de imposible aventura. Tu voz ampara
un nombre cierto, apenas un espectro en la tarde de lluvia.

Enfermo de esperar, ya nunca volverás.

Te empleman el corazón con medicinas y salas de hospital, frías,
blancas. Tanta separación. En horas luminosas
tu presencia anulaba la distancia entre las manos que en Viena
se enlazaban. Habitabais pasos dubitativos y noches inseguras, camino
hacia el encuentro. Te asedia con respuestas.

No pregunta. La enloquecida aurora deja el corazón muy ciego,
no tus ojos, con fuerza de su abrazo. Te llevan otras huellas
– detrás de las esquirlas de las sienes. La noche extendió su distancia
entre vosotros, sin saber que ya estabais condenados.

